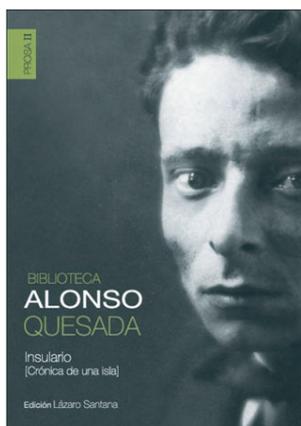


Insulario [Crónica de una isla], de Alonso Quesada.

-
- QUESADA, Alonso. *Insulario [Crónica de una isla]*; edición, Lázaro Santana. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2013. (Biblioteca Alonso Quesada 3; Prosa II). ISBN: 978-84-8103-670-1.
-



Cubierta de *Insulario*
(*Cronica de una isla*)
de Alonso Quesada.

LOS TEXTOS DE *INSULARIO* APARECIERON en ‘La Publicidad’, diario de Barcelona, entre 1918 y 1922. Constituyen reportajes en los que el autor ofrece la visión de una ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, heterogénea, pintoresca y cosmopolita en el último año de la Primera Guerra Mundial y en los inmediatamente posteriores. En ellos aparecen espías, cocotas, náufragos, marineros internados en leves campos de concentración, etc.; el conjunto constituye un curioso universo abigarrado que parece preludiar el que se daría en Tánger en los años de la Segunda Guerra Mundial. La habitual ironía de Quesada, su atenuada sentimentalidad, adquiere aquí tonos de verdadera maestría al tratar a estos personajes entendiendo la singularidad del otro. Su crítica más acerada la reserva para algunos de sus paisanos –los exportadores de plátanos– y sobre todo para los políticos y los gobiernos españoles, tan nefastos y desatentos con Canarias. Algunos de esos textos podrían haber sido escritos ayer mismo.

Reproducimos a continuación uno de los textos de *Insulario*, de Alonso Quesada:

En el solar Atlántico. “El reloj alemán de la ínsula”

El tiempo en la ciudad atlántica tiene un cariz alemán. Y no porque corran aires germanófilos, que corren y muy abundantes, sino porque las horas las distribuimos con un enorme reloj tudesco, pariente de Bismarck y deudo de una amable relojero bávaro que sentó sus imperiales en Las Palmas mucho antes de la guerra.

La relojería está instalada en la gran vía del comercio. Sobre la puerta el reloj, como una cabeza sin casco, de perfil, asoma inexorable, marcando la hora militarmente, con dos aspas de molino por minuterero. Es un reloj de estación prusiana, un reloj de horizonte colosal y férreo, que manda o domina sin gesto personal. Detrás de él, todos los relojes amables de la ciudad, los relojes de bolsillo, los relojes de pulsera y esos tan franceses de las señoritas, marchan temerosos, callados, lentos... El reloj germano no se atrasa nunca; no se adelanta jamás. Es como si estuviera en una trinchera resistiendo el volar de las horas y los días. Pero las horas se estrellan en las aspas; es en vano que una hora volandera se le ocurra abandonar alguno de sus minutos; el reloj alemán erguirá el minuterero como un dedo de sabio sentencioso, aprisionará a la hora y la hora caerá entre las redes de las aspas rendida y desconsolada. Es inútil que una mujer extienda su brazo y acaricien sus ojos de pequeño reloj de oro. Inútil que esta mujer tenga cita a las diez. Cuando su reloj marque las diez, la mujer acudirá presurosa porque piensa que no llegará a tiempo. Mas cuando llegue, serán las diez menos cuarto. El reloj alemán lo dice y nada valdrá que la mujer con su brazo extendido exclame: «¡Pero si son las diez, las diez! Mi reloj marca las diez.» Ningún reloj sabe la hora tan certeramente como este reloj alemán.

Es un reloj lleno de sapiencia. Estudió horas en las Universidades alemanas. Cuando todos los relojes se paren o cuando se atrasen, el reloj alemán seguirá su camino. El reloj alemán, tan providencial como el Kaiser, marca la ruta del tiempo insular. El tiempo es ligero, voluble, distraído; a veces tiene frío y otras calor; acaso al tiempo se le ocurra sacudirse las horas, pero el reloj alemán no se lo permitirá nunca. Y le dirá: «Tiempo, *herr*, Tiempo, yo estoy aquí para medirte. ¿Te has obscurecido de súbito? ¿Prenderás, quizás, que sean las ocho? Pues, no; no son las ocho. Son las siete. Aquí consta. ¿Ves? El minuterero mayor, en las doce; el más pequeño minuterero en las siete. Son las siete en punto, quiera o no Wilson. Será en vano que vosotros, relojes diminutos de las niñas, relojes discretos de los tenedores de libros que corréis hacia las oficinas, tú, reloj viejo de la catedral, reloj español, medieval y aburrido, que de repente haces girar las manecillas con un gesto de hidalgo, vosotros, relojes de las sacristías, relojes retrógrados, será en vano, repito, que marquéis horas diferentes, horas

tempranas, horas adelantadas... El tiempo será yo. La hora es la mía. No hay otra hora en el espacio. Y no importa que me arrojeis piedras, chiquillos desarrapados de la calle, golfos latinos; no me romperé nunca. Los minuterios míos son el índice y el pulgar del Supremo Hacedor.»

El ciudadano insular se detiene un momento en la calle: «¿Qué hora será?» Y saca un reloj. El reloj dice: –las dos y media–. «¿Será esta hora?» –pregunta el ciudadano; y otro responderá: «Yo tengo las dos y veinte.» «¿Será esta hora, pues?» «Pero no, no serán las tres.» «¿Serán entonces las dos y media?»

Y los ciudadanos acuerdan mirar la hora en el reloj germano. El reloj germano marca impertérrito: las tres menos veintiocho minutos y medio. Y los ciudadanos, mudos ante el reloj, dominados secretamente por esta implacable hora alemana, arreglan sus relojes con gesto tímido de prisioneros de guerra.

El reloj, lentamente, como si los palitos negros de las horas fuesen unos espías sigilosos, ha ido entrándose en el corazón de los insulares. Nosotros mismos, cuando no tenemos reloj y queriendo ver un reloj de lejos hacemos uso de nuestra imaginación, nos encontramos fatalmente ante el reloj alemán. Y el reloj alemán surge en nuestra memoria con todas sus colosales proporciones marcando la hora que es cierta. Pues este es el mayor prodigio de este reloj. Es un reloj también de sensaciones. Incrustado en nuestros espíritus con esa huella emocional de las cosas fuertes, dentro de nuestros propios espíritus va marcando la hora. Y si a media noche abrimos los ojos, el reloj aparece diciéndonos qué hora es y cómo ninguna hora es verdadera, sino aquella que él marca de lejos.

El reloj alemán de la ínsula es todo un misterioso sistema de penetración pacífica. Nada podrá vencerle. Todo reloj será impotente ante la proporción y fortaleza de este reloj mitológico. Es un derivado sutil de aquella «grosse Berthe», que bombardea[ra] París. A nosotros no nos destroza el reloj las cosas, que después de todo no están mal, ni hiere a los ciudadanos, que tampoco estaría mal, pero nos marca el tiempo, nos señala la pavorosa ruta de las horas lentas, con esa resistencia, con esa trágica constancia de los hombres que tienen voluntad y encima son brutos.

Un reloj inglés, que es generalmente un reloj atildado, seguro, bien educado, nada puede con este reloj alemán. El reloj inglés dice sencillamente: «Son las once.» Y basta.

Nosotros sabemos que un inglés es un hombre justo hasta cierto punto. Y hasta podemos burlarle la hora. Pero el reloj alemán, además de gritar estentóreamente «¡¡Son las once!!», yergue los minutereros amenazantes sobre nuestras cabezas y es preciso acatar, convencidos, la hora, que es única en la ciudad. Hasta hace poco, única en el orbe.

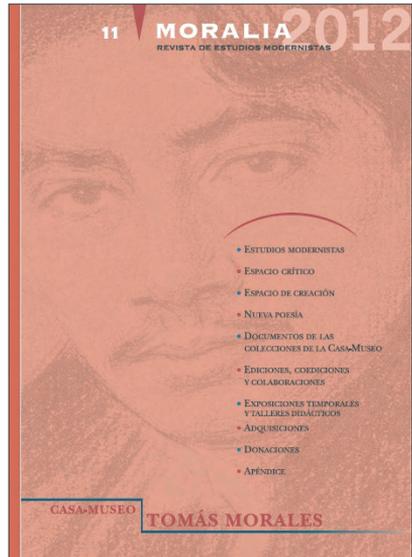
Los ingleses tienen en el puerto otro reloj. Es sin duda menos seguro: un reloj que marca elegantemente las horas; un reloj para el *lunch*, un reloj para el té. Este reloj no ha podido rendir al reloj alemán. Hoy solo usan este reloj inglés los ingleses. El reloj alemán es el reloj máximo.

Para vencer a este reloj, para que el tiempo fuera tan ligero como las almas y los ojos, sería necesario que en cada esquina de la ciudad se colocasen unos cuantos relojes ingleses, americanos, belgas, franceses e italianos. Menos españoles, claro está. Estos relojes españoles no marcarían sino una sola hora, la eterna hora de España: la hora nona [las tres de la tarde: la hora de la siesta].

ALONSO QUESADA
Gran Canaria [18-1-1919]

Moralia 11, revista de estudios modernistas: 2012.

• *Moralia 11, revista de estudios modernistas.* CASA-MUSEO TOMÁS MORALES; [estudios modernistas, Teo Mesa, Aitor Quiney, Jonathan Allen, Jesús Palacios, Elsa Vega; espacio crítico, Pedro Flores; espacio de creación, Silvia Rodríguez]. [Moya (Gran Canaria): Casa-Museo Tomás Morales, Cabildo de Gran Canaria, 2013. ISSN: 1696-2117.



Cubierta de
Moralia 11.